

TERRITORIO E IMAGEN. LA PERCEPCIÓN DEL PAISAJE DE LA HUERTA DE VALENCIA

Ignacio Díez Torrijos

*Departamento de Ingeniería Rural y Agroalimentaria
Universidad Politécnica de Valencia*

Carles Sanchis Ibor

*Centro Valenciano de Estudios del Riego
Universidad Politécnica de Valencia*

INTRODUCCIÓN

La concepción moderna del paisaje se basa en buena medida en la doble dimensión, material e inmaterial, de los procesos perceptivos. Autores como Martínez de Pisón (2005), para quien *los paisajes son a la vez entidades objetivas e identidades subjetivas* o Berque (1997), que entiende el paisaje como un compendio de formas físicas y mentales, han captado y sistematizado este enfoque. Ensayos, estudios y proyectos técnicos han asumido estas consideraciones. En consecuencia, se han desarrollado herramientas para determinar y precisar cuantitativamente los aspectos relacionados con la visibilidad del territorio o de un hito determinado –como los avances derivados de la aplicación de los SIG. Al mismo tiempo, se han analizado con frecuencia los elementos que condicionan la carga subjetiva o sentimental de la percepción espacial, tanto desde una perspectiva psicológica –la *Gestalt* es el ejemplo más claro–, como los derivados del ejercicio colectivo de construcción de la imagen cultural del territorio.

Este último concepto, la imagen cultural del paisaje, tiene una importancia fundamental a la hora de analizar ciertos escenarios rurales que a lo largo de los siglos XIX y XX han sido erigidos como expresión de una identidad colectiva y han alcanzado la categoría de símbolos. Se trata de espacios que, tras un complejo proceso de construcción cultural, se han convertido en arquetipos, iconos paisajísticos o paisajes de referencia¹. Estos pueblan la memoria de numerosos ciudadanos que en

¹ El caso de la Bretaña francesa ilustra la complejidad de estos procesos culturales. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, viajeros llegados de París comenzaron a imponer una imagen

muchas ocasiones jamás los hollaron. Son lugares definidos por una serie de elementos físicos singulares, fácilmente reconocibles, descritos y transcritos por eruditos, literatos y artistas y ampliamente divulgados en un contexto local, nacional o internacional, dependiendo de la magnitud del fenómeno cultural. Ante ellos, la percepción del observador queda lastrada por el peso de la imagen cultural, aprehendida de diferentes medios impresos y audiovisuales.

Ahora bien, el territorio es una realidad dinámica, y con el paso del tiempo, la interacción hombre-medio va alterando las formas físicas del paisaje, sin que ello necesariamente implique un cambio en las formas mentales, en la imagen cultural de un espacio. De hecho, estos cambios materiales forzosamente anteceden a la modificación de la imagen cultural del territorio, ya que los procesos de articulación de las formas mentales requieren de prolongados periodos de tiempo y de una cierta estabilidad de las formas físicas.

Por todo ello, es posible que se generen desfases entre un paisaje y su imagen cultural, singularmente en aquellas regiones en las que se han producido importantes transformaciones socio-económicas, como ha sucedido con buena parte de los espacios rurales europeos. En este sentido, Nogué (2006) afirma que se está produciendo, en Cataluña y otras regiones de Europa, una crisis de representación, manifiesta en la fractura abierta entre ciertos paisajes y sus respectivos arquetipos, es decir, entre la imagen real y la imagen cultural del paisaje. Este desfase se halla asimismo en la base de la creciente preocupación social por la conservación del paisaje y es a su vez la causa de los distintos intentos y demandas de fosilización, congelación o museización de determinados espacios rurales, una cuestión extremadamente compleja y conflictiva.

La Huerta de Valencia, como otros ámbitos periurbanos europeos, es un ejemplo paradigmático de desvinculación entre la presencia material del paisaje y el imaginario colectivo. Durante los dos últimos siglos, en torno al paisaje huertano se forjó un estereotipo paisajístico, que para bien o para mal, devino una seña de identidad de los valencianos y un mito conocido en todo el viejo continente (Boira, 2004a). Sin embargo, en las últimas décadas, la industrialización del país, el explosivo crecimiento urbano y los cambios en el sistema productivo agrario, han alterado notablemente las formas físicas de este escenario. En el presente artículo pretendemos exponer la brecha abierta entre la imagen cultural y la imagen real del paisaje de la Huerta de Valencia, a partir de las experiencias recogidas en dos visitas guiadas efectuadas por estudiantes universitarios y escolares.

sombría de aquel lugar, de un paisanaje rudo y una climatología adversa y tempestuosa. Sin embargo las élites bretonas, con la poesía como principal vector de transmisión, diseñaron una contraimagen de la Bretaña, próxima a un lugar idílico, una auténtica arcadía. El paisaje pues, permite diversas lecturas culturales y en ocasiones éstas pueden entrar en conflicto (Corbin, 2001).

LA IMAGEN CULTURAL DE L'HORTA DE VALÈNCIA

Mucho antes de la formulación moderna del concepto de paisaje, la Huerta de Valencia ya formaba parte de la imagen pública de la ciudad. Cabría remontarse a la literatura andalusí, a los escritos que desde el exilio añoraban una tierra *antes generosamente regada*², para encontrar una primera referencia. Tras la conquista, autores como Francesc Eiximenis, Luis Vives, Pere Antoni Beuter o Gaspar Escolano, abundaron en la magnificación del vergel alimentado por el Turia, reiteradamente descrito como un fértil jardín florido³. También los viajeros europeos, desde Ieronimus Münzer a Jaubert de Passà, trasladaron esta imagen allende los Pirineos, mientras que fisiócratas e ilustrados, como Cavanilles, alabaron la productividad del regadío histórico⁴. Finalmente, a inicios del siglo XIX, Francisco X. Borrull dio origen al mito del Tribunal de las Aguas con su tratado sobre la institución que entonces todavía era llamada *tribunal de sequiers*⁵.

Por todo ello, cuando la *Renaixença* valenciana comenzó a generar una imagen cultural en torno a la huerta, ajustada a la moderna concepción del paisaje, trabajaba sobre un icono ya conocido y difundido, el cual se enriqueció con una imagen gráfica y escrita intensamente colorista (Pérez Rojas, 1999). Teodoro Llorente fue probablemente el punto de partida de la construcción literaria de esta imagen cultural, a través de su sagaz descripción de la huerta en *Valencia* y del lirismo desbordado de su poema *La Barraca* (Llorente, 1887-1889). En paralelo, los paisajistas valencianos, fundamentalmente Peris Brell y Ricardo Verde, contribuyeron a fijar una imagen pictórica en diversos óleos⁶.

Se forjó así un estereotipo festivo, de excesos cromáticos, que incluso a veces resultaba poco realista, como demuestra el contrapunto puesto por autores como Blasco Ibáñez o Antonio Fillol, cuyo naturalismo, impregnado por la cuestión social, se plasmó en algunos párrafos de la novela *La Barraca* o en la humildad de la vestimenta de las huertanas retratadas por este último. También se observa una distancia entre los clichés estáticos y costumbristas de la casa J.P. Laurent y las fotografías de acequias y arboledas que toman los pictorialistas valencianos recreando

² La cita procede de un poema de Ibn al Abbar [1993], pero no se trata de un elemento singular, ya que en la poesía árabe medieval la imagen del jardín, el agua y el céfiro son recurrentes. Más explícita es la mención de Al-Idrisi [2005]: *Medina Balansiya es Metropoli de las de España, y está sobre río corriente, cuyas aguas se aprovechan en el regadío de los sembrados, y en sus jardines, y en la frescura de sus huertas y sus casas de campo.*

³ Vicenç M. Rosselló alerta sobre el origen de este tópico, basado en una transcripción posiblemente errónea de un poema latino escrito en el siglo V por Claudius Claudianus (Rosselló, 1990).

⁴ Una revisión de los textos de los viajeros de l'Horta en Ardít (2004). Para los autores citados ver Münzer (2002), Jaubert de Passà (1844) y Cavanilles (1795-1797).

⁵ Borrull y Vilanova (1831) pretendía con su discurso salvaguardar este tribunal local de riego de la reforma judicial emprendida por la revolución liberal.

⁶ Para la obra pictórica de Peris Brell ver Olmedo (1973) y Autoridad Portuaria de Valencia (1996) para los trabajos de Ricardo Verde Rubio.

brumas, reflejos y claroscuros (Huguet *et al.*, 2003; Cáncer, 1993, 2004). Son diferencias estéticas, derivadas de la disponibilidad de distintas técnicas y de contrastadas concepciones artísticas y políticas; es la evolución de una imagen cultural que, pese a la disparidad de enfoques, redundaba en las mismas entidades físicas.

En efecto, resulta fácil identificar una serie de elementos comunes en las descripciones literarias y gráficas del paisaje de *l'Horta* en el último tercio del siglo XIX y el primero del siglo XX, las cuales son prolongadas en el tiempo por numerosas aportaciones de menor calidad artística durante la segunda mitad del siglo XX. La primera que llama nuestra atención, sobre todo si comparamos la Huerta con otros paisajes de referencia, es la intensa presencia humana. Frente al gusto contemporáneo por los paisajes puros, la Huerta es un escenario con figuras, las cuales además se hallan frecuentemente engalanadas. El pintoresquismo que aportan los ropajes festivos de los labradores resultó ineludible para los artistas gráficos, y se convirtió en un elemento más del paisaje.

Este interés costumbrista se plasma también en la atención prestada a la barraca como icono de la huerta, plenamente justificada por su numerosa presencia y su singularidad constructiva. Prácticamente todos los artistas gráficos que se aproximan a *l'Horta* en la segunda mitad del XIX y la primera del XX incorporaron esta arquitectura popular a sus trabajos. Algo similar sucede con la literatura, donde Azorín, después de caracterizar el paisaje de la Huerta en su obra sobre los paisajes españoles, afirmó pasar un mes en la barraca de Senta y Blanes para cerrar desde los campos de la huerta su obra *Valencia* (Azorín 1917, 1941). Gosálvez (1915) confeccionó un primer estudio sobre este tipo constructivo y posteriormente Baeschlin (1930) y Casas Torres consideraron esta arquitectura popular en estudios más amplios, si bien sólo la barraca pasaría a los manuales escolares como referente del hábitat rural valenciano. En comparación, las alquerías, menos modestas e igualmente abundantes, fueron elementos poco referidos, si bien pintores como Peppino Benlliure situaron algunas escenas en su interior o en sus patios y portales.

Este interés gráfico por el hábitat tradicional hizo escasos los tratamientos panorámicos y las fugas, a diferencia de lo que sucede en otros paisajes de referencia elaborados en la misma época. La pintura de la huerta se elaboró a la puerta de alquerías y barracas, sobre escenas costumbristas y sólo en contadas excepciones –como la *Vista del molino de Godella* (1916) de Pinazo o *Labores del campo* (1898) de Ricardo Verde– podemos contemplar la línea del horizonte⁷.

Ahora bien, junto a la barraca aparecen representados otros elementos que completan la propuesta iconográfica: emparrados, hornos, *ceberes*, etc.. También llama la atención la frecuente presencia del arbolado en torno a las casas, en los

⁷ También se puede deducir un tratamiento panorámico de obras lamentablemente perdidas como “Campanar y su huerta desde la otra orilla del río” de Montesinos y “La Huerta de Valencia desde las cercanías de Alacuás” de Stolz, ambos mencionados por López Albert (2006).

linderos y formando hileras en las márgenes de las acequias, a veces surcadas por patos o fochas como en *La Huerta Valenciana*, de Pinazo. Asimismo, se observa un predominio absoluto de las producciones hortícolas en los campos de cultivo, plasmado en la documentación cartográfica, escrita, estadística y fotográfica.

No obstante, si consideramos la producción artística de este periodo en conjunto, resulta difícil separar la imagen de la huerta de Valencia de la de otros regadíos valencianos, en las que el naranjo es el principal protagonista, como ocurre en la Ribera del Xúquer o en algunas zonas de La Plana. La huerta incluso mezcla su imagen gráfica con la marjal arrocera, físicamente adosada a la cola a estos sistemas de riego⁸. En definitiva, en el tránsito entre los siglos XIX y XX, se incorporó al imaginario colectivo una imagen cultural del regadío en la que frecuentemente no es posible distinguir las singularidades paisajísticas de cada uno de estos espacios geográficos. Todas las llanuras regadas se funden en una imagen común, colorista y luminosa, símbolo de ubérrima fertilidad, para formar un cliché reiteradamente utilizado a lo largo del siglo XX, magnificado por algunos autores y destostado por otros.

CAMBIOS TERRITORIALES RECIENTES EN L'HORTA

La distancia entre la actual huerta y la descrita por Llorente, Blasco Ibáñez o Azorín es la que separa un espacio agrícola de regadío tradicional de un área metropolitana, en parámetros urbanísticos, sociales, económicos y paisajísticos. L'Horta ya no existe como espacio rural, es un sistema agrícola que opera en los intersticios de un área metropolitana, en el corazón de una región urbana en expansión.

Roland Courtot ha sistematizado el tránsito de un escenario a otro y lo ha definido como el paso de una ciudad en la huerta a una ciudad sobre la huerta o alrededor de ésta (Courtot, 1994a, 1994b). Se trata de un proceso similar al acaecido en otros regadíos periurbanos mediterráneos, en el que una estructura urbana envuelve, fragmenta y entrevera un paisaje agrario casi relicto, con el que no guarda apenas vinculación.

Este proceso de urbanización ha sido descrito por numerosos autores desde que los primeros trabajos sobre la huerta advirtieran de las consecuencias de los cambios territoriales que comenzaba a generar el crecimiento urbano (Boira, 2004a). La magnitud del proceso ha sido cuantificada recientemente (Sanchis, 2004), habiendo generado una inquietud social manifiesta desde la Guerra Civil (Boira, 2004b), pero particularmente intensa en las últimas décadas del siglo XX y los primeros años de la presente centuria⁹.

⁸ Buena prueba de ello es el tratamiento que recibe la huerta valenciana en la tesis de López Albert (2006), donde se considera este espacio conjuntamente a la Ribera del Xúquer y otras zonas regadas contiguas al regadío histórico, sin detallarse una caracterización de la especificidad paisajística de este ámbito.

⁹ La preocupación de la población de la comarca por la conservación de l'Horta ha cristalizado en una activa movilización ciudadana en defensa de sectores amenazados por proyectos de



1. Tres imágenes del contraste visual entre ciudad y huerta (Bruno Almela).

De resultas de estas transformaciones, la realidad física de la huerta queda hoy bastante alejada del escenario que sirvió para generar su imagen cultural. La densidad constructiva, la altura de las edificaciones y los corredores viarios han articulado numerosas barreras visuales, acotando la profundidad. Sólo en determinados ámbitos –singularmente de la zona norte– todavía se destacan los relieves montañosos que antaño circundaban la línea del horizonte. En este sentido, cabe destacar como la edificación en grandes alturas y la tendencia del urbanismo reciente a articular bordes urbanos nítidos han redundado en la presencia de contrastes visuales abruptos entre la ciudad y la huerta.

Por su parte, la barraca, el elemento más referido por los autores que contribuyeron a forjar la imagen cultural de la huerta entre los siglos XIX y XX, es hoy una arquitectura poco frecuente. Apenas subsisten una veintena larga en l’Horta Nord (Hernández, 2002) y algunas menos en l’Horta Sud, la mayor parte de ellas en los Francos y Marjales, donde existían más de un centenar hace un siglo y hoy apenas si rondan la veintena. Actualmente, otros tipos de construcciones rurales –fundamentalmente alquerías y casas a dos manos– predominan en los espacios cultivados y se alternan con instalaciones que no guardan relación –ni constructiva ni funcional– con el hábitat agrícola tradicional (Del Rey, 1998, 2002).

La cubierta vegetal también ha cambiado. El predominio hortícola, exclusivo a mediados del siglo XX, ha ido cediendo terreno a favor del naranjo, que ha descendido desde los antiguos secanos de poniente. Como ha documentado Pascual (2004), los cítricos –bien adaptados a las exigencias de la agricultura a tiempo

transformación (García *et al.*, 1999). El conflicto territorial se ha plasmado en diversos foros –seminarios, congresos, jornadas–, ha merecido un seguimiento regular por la prensa y motivó, en mayo de 2000, la presentación de un Dictamen sobre la conservación de l’Horta de València por parte del Consell Valencià de Cultura. El año siguiente la coordinadora *Per l’Horta* elaboró una Proposición de Ley Reguladora del Proceso de Ordenación y Protección de l’Horta como Espacio Natural Protegido, presentada al parlamento valenciano como Iniciativa Legislativa Popular y bloqueada por el Consell. Posteriormente, la Conselleria de Territori i Habitatge elaboró un Plan de Acción Territorial de L’Horta hoy día pendiente de aprobación.

parcial— se adentraron en la década de los setenta en las zonas regables de las acequias de Quart-Bennàger-Faitanar y Moncada —en su sector septentrional—, donde con el tiempo se han hecho prácticamente exclusivos, y han penetrado también en las acequias de Favara, Mislata y Tormos. Sin embargo, otras especies arbóreas, cultivadas generalmente en los márgenes de los campos o los canales de riego, son cada vez más escasas, y sólo aparecen con relativa frecuencia junto a las edificaciones tradicionales. También los animales han abandonado la huerta, de resultas de la mecanización de las tareas agrícolas, de la incorporación de nuevos inputs agrarios y de la desaparición de las estrategias de autoabastecimiento alimentario.

Asimismo, durante el último cuarto del siglo XX se hizo patente una acusada merma en la calidad de las aguas de las acequias de la huerta, recientemente revertida en buena parte de la comarca mediante mejoras en depuración y la desconexión de los sistemas de regadío y saneamiento urbano (García Gómez, 1979; Verdú *et al.*, 1999). No obstante, todavía existen importantes sectores de las acequias de Favara y Moncada afectados por vertidos urbanos. Como contrapartida a estas mejoras, el revestimiento y entubado de canales ha hecho desaparecer la vegetación de margen y ha soterrado numerosos acueductos, haciendo a veces invisible el agua que alimenta los campos.

Todos estos cambios justifican sobradamente la apreciación de Courtot (1994b), quien calificó estos procesos como el fin de un mito, a tenor del impacto que las transformaciones socioeconómicas y urbanísticas han tenido sobre el paisaje huertano. El mito, no obstante, sigue vivo en la mente de muchos ciudadanos, pero en vez de ser la respuesta a una percepción directa de la realidad, parece resultado de la inercia de una poderosa imagen cultural.

DOS EXPERIENCIAS DE PERCEPCIÓN EN LA HUERTA

Con objeto de determinar el alcance de este desfase entre el territorio y su imagen, en el año 2005 se desarrollaron dos talleres con estudiantes y escolares de la comarca. En ellos, se pretendía captar la experiencia perceptiva de los grupos asistentes tras un recorrido por un espacio huertano de Almàssera, sobre el que previamente se había realizado un estudio monográfico (Díez, 2005). En este trabajo, se caracterizaba la estructura del paisaje huertano y se había analizado su visualidad desde diversas perspectivas y con herramientas metodológicas variadas.

EL TALLER DE LA UNIVERSITAT D'ESTIU DE L'HORTA

El 21 de julio de 2005, se organizó un taller en el que alumnos de la *Universitat d'Estiu de l'Horta* realizaron una valoración directa del paisaje en el citado término municipal de Almàssera. El objetivo de la visita era que los estudiantes matriculados en el curso evaluaran el entorno desde diversas perspectivas, a partir de la dinámica perceptual que se genera al andar a través de él. El itinerario había sido predeterminado, tenía una longitud de 2.700 metros y atravesaba las partidas de la

Mar y del Barranc, pero no se estableció en ningún momento la duración de la visita. El interés de los asistentes debía marcar el tiempo de percepción, para poder así generar una experiencia de contemplación¹⁰. Con ello se pretendía obtener una interpretación diversa del territorio y de la percepción de las personas.

Antes de la salida se efectuaba un reconocimiento conjunto de la estructura, elementos y composición del paisaje. Por otro lado se invitaba a los asistentes a anotar sensaciones, fenómenos de percepción, fenómenos físicos en relación al medio, aspectos sensoriales o propios de la percepción, como puntos de vista o modos de recorrer el lugar. Los participantes en la experiencia contaban con varios mapas de la zona y una ficha que debían cumplimentar al final del recorrido. Se realizaron grupos de tres personas que debían valorar aspectos negativos y positivos del paisaje, y reflejarlos en uno de los mapas. Trabajar en grupos podría ser la manera de tener discusión previa a la elaboración del material final y facilitar un cierto consenso. El itinerario debía ser recorrido en sentidos opuestos, es decir, la salida de unos era la llegada de otros, de este modo se evitaba en lo posible el sesgo que se pudiera producir por la progresiva reducción en la toma de datos conforme avanzaba la visita.

Los participantes valoraron positivamente los conjuntos que formaban alquerías y cultivos, y los pocos árboles de sombra u ornamentales. El arbolado, escaso en este lugar, era resaltado por la mayoría, junto con las acequias, por su capacidad estructuración del paisaje, como camino en sí mismo, por el sonido del agua y por la sensación de frescor. También destacaron la presencia la Sierra Calderona como fondo escénico, así como la visión de elementos urbanos de cierto interés, como los campanarios. Los visitantes admitieron experimentar sensaciones de tranquilidad y serenidad, derivadas probablemente de una impresión de orden y de amplitud visual, también manifestadas reiteradamente. Estos aspectos positivos iban ligados a la idea de percibir un paisaje con vida, dinamismo y actividad. En este sentido, la presencia de niños, familias y agricultores era uno de los aspectos más favorablemente valorados.

Entre los elementos clasificados como negativos aparecían las torres eléctricas, las construcciones abandonadas o mal rehabilitadas, los cerramientos urbanos mal cuidados o las edificaciones industriales. Asimismo, la imagen del núcleo urbano como fondo escénico resultaba degradante para la mayoría. También aquellas formas o procesos vinculados a una baja calidad ambiental, como la presencia de productos fitosanitarios, los vertidos de aguas residuales, el revestimiento de acequias, la contaminación acústica y la ausencia de arbolado y fauna. Además, los participantes echaron de menos algunos elementos que consideraban identificati-

¹⁰ “El andar” afirma Careri (2002) “es un instrumento estético capaz de describir y de modificar aquellos espacios metropolitanos que a menudo presentan una naturaleza que debería comprenderse y llenarse de significados, más que proyectarse y llenarse de cosas. El andar... puede resultar idóneo para prestar atención y generar unas interacciones en la mutabilidad de dichos espacios”.

vos del paisaje huertano, como las barracas o las moreras. Por último, todo lo relacionado con la sensación de abandono era valorado negativamente: campos no cultivados, fachadas en mal estado, suciedad, etc.

En definitiva, las preferencias iban encaminadas a un orden del paisaje, una estructura de parcelas con cierta diversidad, en la que la apertura de vistas era muy bien valorada, así como la combinación de diversos elementos como alquerías, vegetación y acequias. Estos resultados fueron bastante similares a los obtenidos mediante métodos de preferencia visual a través de imágenes (Gallardo, 1993) y el estudio de la calidad paisajística (Díaz-Galiana, 1996).

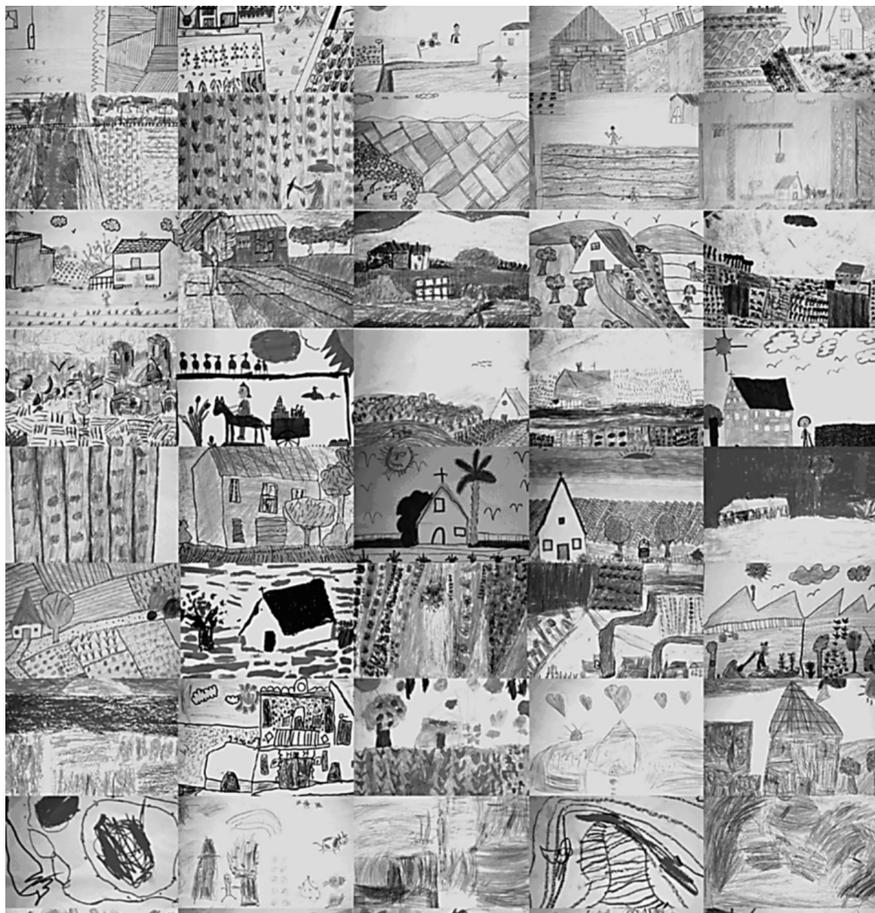
De todo lo anterior se puede concluir que los participantes en el taller mostraban una clara tendencia a considerar positivamente los elementos inherentes al sistema agrícola tradicional y a despreciar aquellos objetos que introducían cierta distorsión en la imagen cultural de la huerta. En el subconsciente del ciudadano valenciano subyace una imagen, un icono que convierte la valoración del paisaje en una búsqueda de la proximidad o la lejanía a un arquetipo. Todo lo que aleja al espectador de esta idea preconcebida y tiene que ver con la degradación o desaparición de este paisaje genera rechazo.

EL TALLER ESCOLAR DE ALMÀSSERA

Otro de los acercamientos para explorar el imaginario colectivo de la huerta se llevó a cabo a través de un concurso de dibujo infantil celebrado en dos colegios de Almàssera –CP Carraixet y Colegio Yocris–, en el que los niños debían representar la imagen de La Huerta que ellos percibían, después de haber realizado una visita guiada por el campo¹¹. Esta experiencia, como prueba la figura adjunta, demuestra de nuevo el alcance de la imagen cultural de la huerta como paisaje preconcebido, ya que los niños participantes esbozaron en su dibujo los rasgos distintivos de la Huerta tradicional y eliminaron aquellos que existen realmente en este espacio pero que no se corresponden con el icono colectivo. Si no fuese así, ¿por qué los niños coincidieron en el dibujo de barracas si hoy en día son escasísimas, apenas son perceptibles y no existen en Almàssera como elementos aislados?

Pero además, esta experiencia sirve para efectuar otras reflexiones sobre los procesos perceptivos y la implantación y asimilación de las imágenes culturales. En este sentido, los dibujos de los alumnos de primaria nos muestran como la edad del niño influye en la plasmación paisajes mentales diferentes. Mientras que los más pequeños representan colores y detalles a partir de una visión más sencilla, en la que apenas aparecen evidencias de un icono paisajístico, los niños a partir de siete años ya comienzan a dibujar barracas, árboles o animales. Es evidente que cuanto más avanzada es la edad del niño, más desarrollada parece estar

¹¹ Esta tarea fue coordinada por Amparo Jiménez Dolz, licenciada en Ciencias Ambientales, durante septiembre de 2005.



2. De abajo a arriba, dibujos realizados por niños desde 5 hasta 12 años.

la idea de un paisaje de la memoria colectiva. Además, los mayores, ya con cierta capacidad de entender la estructura del paisaje, ligan estos elementos a un contexto en el que el orden de los huertos es perfectamente legible.

Surgen entonces algunas cuestiones de interés: ¿A qué edad y cómo comenzamos a impregnarnos de estas imágenes mentales colectivas? Y al mismo tiempo: ¿Con qué edad y cómo aprendemos a elaborar paisajes mentales o a estructurar nuestro ambiente para conformar un paisaje?

CONCLUSIONES

Las dos experiencias nos revelan la distancia abierta. En la Huerta entre el territorio y su imagen cultural. La reiteración de la barraca en los dibujos infantiles de Almàssera o la añoranza de ésta y de las moreras en la experiencia de la *Universitat d'Estiu*, son quizás el más claro exponente. Sin duda, hay un paisaje abstracto que reside en el imaginario colectivo y que constituye una referencia interna sobre la que comparar nuestra experiencia perceptual. En el caso que nos ocupa, existe una idea preconcebida de la huerta prototípica de Valencia, de la *arcadia moruna* de Blasco Ibáñez o el *campo inmenso*, donde según Llorente, *no hay ni un palmo de tierra perdida ni ociosa*. Esta imagen plasma un estadio climácico, casi teórico del paisaje –a veces incluso irreal en origen– y convierte el proceso perceptivo en una lectura selectiva del espacio.

Actualmente, esta imagen cultural del paisaje huertano se halla reforzada por las consideraciones derivadas de la emergencia del ecologismo y de la aspiración, generalizada en nuestra sociedad desde hace pocas décadas, de disfrutar de un entorno natural mínimamente degradado, incluso en un espacio geográfico resultado de una actividad antrópica secular, como sucede en la Huerta. Por ello, elementos como la contaminación de las aguas de riego o la presencia en los márgenes de los campos de envases de productos fitosanitarios son rápidamente resaltados por los visitantes.

La prolongada permanencia de esta imagen es el resultado de una cierta inercia que se asocia a la mitificación de cualquier fenómeno cultural, que suele trascender la pervivencia de una realidad física. Pero en este caso, es probablemente también una consecuencia más de la ruptura sociológica entre el ámbito urbano y el huertano, singularmente entre la ciudad de Valencia y su huerta. Es el corolario de un alejamiento mutuo y de la falta de convivencia del ciudadano con el paisaje real. Dejando a un lado la asimilación de este icono colectivo, el contacto de los habitantes de la ciudad con la huerta es escaso y la vida en la ciudad discurre completamente ajena al ámbito agrario. La entrada y la salida de la urbe se efectúa por vías de tránsito rápido, que en muy pocos puntos permite disfrutar del potencial escénico de la huerta, frecuentemente confinada entre edificaciones o vías secundarias de servicio. Además, son escasos los caminos que facilitan el acceso a pie o en bicicleta la huerta, no existen itinerarios ni señalizaciones que faciliten el recorrido de los ciudadanos y la red de caminos tradicional resulta una maraña inescrutable para el visitante primerizo, que fácilmente queda desorientado.

En este contexto, las respuestas recogidas en las encuestas de valoración del paisaje, utilizadas recurrentemente por las metodologías de análisis de calidad y fragilidad visual, plasman una búsqueda de una imagen ideal en el territorio. Este hecho podría desvirtuar los resultados de determinados estudios de paisaje y estimular acciones fosilizadoras y museizadoras, debido al peso del imaginario colectivo en la población. El bagaje cultural puede ser un punto de partida para establecer estrate-

gias de actuación y gestión del paisaje, pero en ningún caso deben situarse como un objetivo prioritario. En tal caso estaríamos generando una paradoja temporal sobre el territorio, creando paisajes que no existen y no son sostenibles, puesto que responden a una interacción hombre-medio hoy día inexistente.

En el futuro los esfuerzos de los planificadores deberían ir en busca de una mutua aproximación del territorio al paisaje mental. Esto, por un lado, exige un esfuerzo clave en el diseño de estrategias que garanticen la sostenibilidad agrícola y social de la huerta frente al avance urbano, para corregir un balance hoy desequilibrado en la evolución de estos espacios. Por este intrincado camino, que sobrepasa el objeto de este artículo, deben dirigirse las actuaciones destinadas a reducir la brecha que abren los cambios territoriales respecto a la estática imagen cultural de la Huerta.

Pero por otra parte, en el sentido inverso, puede estimularse un acercamiento de la imagen mental a la imagen real. Para ello, tienen que generarse nuevos modos de mirar la Huerta y debe facilitarse una mejor integración física y social del área urbana y el espacio huertano. En este sentido, en el futuro debería facilitarse el acceso de la ciudadanía al espacio agrícola, mediante la oferta de actividades de ocio que estimulen y faciliten el acceso a estos espacios, y merced al diseño de vías verdes e itinerarios a pie, dotados de una adecuada señalética y de información sobre el patrimonio natural y cultural de la huerta. Del mismo modo, cabría incorporar elementos de transición a los bordes urbanos, que en vez de meras suturas entre el espacio agrario y el urbano, actúen como focos de una nueva visualidad contemplativa de l'Horta y reduzcan la estridencia visual de la línea del horizonte percibida desde los campos regados. El éxito de las escasas medidas adoptadas en este sentido hasta el momento —como la concurrida vía verde del antiguo ferrocarril minero— garantiza la viabilidad de estas aproximaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- AL-IDRISI [2005]: *Descripción de España de Xerif Aledris, conocido por el nubense*, Valencia, Ed. Paris-Valencia, 254 pp.
- ARDIT, M. (2004): Una mirada distant a les hortes valencianes: la perspectiva dels viatgers estrangers, *Afers. Fulls de recerca i pensament*, 47: 29-45.
- AUTORIDAD PORTUARIA DE VALENCIA (1996): Ricardo Verde Rubio (1876-1954): pintor, grabador e ilustrador [exposición], Valencia, Autoridad Portuaria de Valencia.
- AZORÍN (1917): *El paisaje de España visto por los españoles*, Madrid, Ed. Renacimiento.
- AZORÍN (1941): *Valencia*, Buenos Aires, Ed. Losada.
- BAESCHLIN, A. (1930): *Casas de campo españolas*, Barcelona, Canosa.
- BERQUE, A. (1997): De peuples et pays ou la trajection paysagère, COLLOT, M. (ed.) *Les enjeux du paysage*, Paris, Ousia, pp. 320-330.
- BOIRA I MAIQUES, J.V. (2004a): L'Horta: el paisatge de la memòria, *Afers. Fulls de recerca i pensament*, 47: 9-12.
- BOIRA I MAIQUES, J.V. (2004b): El decurs i el discurs de l'extinció de l'horta: Camp i ciutat a València (1865-1966), *Afers. Fulls de recerca i pensament*, 47: 93-110.

- BORRULL Y VILANOVA, F.X. (1831): *Tratado de la distribución de aguas del río Turia y del Tribunal de los acequeros de la Huerta de Valencia*. Imp. de D. Benito Monfort, València, 200 pp.
- CANCER MATINERO, J.R. (1992): *Fotografía pictorialista valenciana*, Generalitat Valenciana, 92 pp.
- CANCER MATINERO, J.R. (2004): *Fotógrafo Peydró. Una mirada personal*, Ajuntament de València, 275 pp.
- CARERI, F. (2002): *El andar como práctica estética*, Barcelona, Gustavo Gil.
- CASAS TORRES, J.M. (1944): *La vivienda y los núcleos de población rurales de la huerta de Valencia*, CSIC, Madrid, 328 pp.
- CAVANILLES, A.J. (1795-1797): *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*. 2 volums, Madrid, Imprenta Real.
- CORBIN, A. (2001). *L'Homme dans le paysage*, Paris, Les éditions Textuel.
- COURTOT, R. (1994a): La Huerta de Valencia: territorio y presencia humana, *Seminario Internacional sobre la Huerta de Valencia*, Ajuntament de Valencia.
- COURTOT, R. (1994b): La Huerta de Valencia : la fin d'un mythe?, *Bulletin de l'Association de Géographes Français*, 1994 (2): 181-186.
- DEL REY, M. (1998): *Arquitectura rural valenciana*. Tipos de casas y análisis de su arquitectura, Valencia.
- DEL REY, M. (2002): *Alquerías. Paisatge i arquitectura en l'horta*, Valencia, Consell Valencià de Cultura.
- DÍAZ, M.; GALIANA, F. (1996): *Estudio paisajístico de la Huerta de Valencia*, Ajuntament de València, 2 vols.
- DÍEZ TORRIJOS, I. (2005): *La Huerta de Valencia: ¿Paisajes congelados?* Tesis de Máster de Arquitectura del Paisaje de la Universitat Politècnica de Catalunya, inédita.
- GALLARDO MARTÍN, D. (1993): Preferencias ambientales aplicadas a la protección de un territorio. La Huerta de Valencia, *Seminario internacional sobre la huerta de Valencia*, Ajuntament de València, pp. 119-130.
- GARCÍA, E. et al. (1999): *Els valors de La Punta: 18 arguments en defensa de l'Horta*, Universitat de València, 149 pp.
- GARCÍA GÓMEZ, J. (1979): *La contaminación de las acequias de la Huerta de Valencia*, Valencia, Ed. del Cenía al Segura, 533 pp.
- GOSÁLVEZ, V. (1915): *La Barraca Valenciana*, facsímil editado en 1998, Valencia, ICA-RO, Col. Territ. de Arquitectos de Valencia.
- HERNÁNDEZ DOLÇ, A. (2002): Les barraques de l'horta nord, *Mètode: Revista de difusió de la investigació de la Universitat de Valencia*, 32: 18-23.
- HUGUET CHANZÀ, J. et al. (2003): *Las fotografías valencianas de J. Laurent*, València, Ajuntament de València, 271 pp.
- IBN AL-ABBAR [1993]: *Poemes de l'exil-li (València 1199-Tunis 1260)*, traducció de Josefina Veghison Elías de Molins, Sagunt, 15 pp.
- JAUBERT DE PASSA, F.J. (1844): *Canales de riego de Cataluña y reino de Valencia; leyes y costumbre que los rigen, reglamentos y ordenanzas de sus principales acequias*. Ed. facsímil preparada per ROMERO, J. i MATEU, J.F., Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación-Universitat de València, 2 vols., 1991.
- LLORENTE FALCÓ, T. (1887-1889): *Valencia*, en *España: sus monumentos y artes, su naturaleza e historia* vols. 22 i 23, Barcelona, Ed. Daniel Cortezo y Cia.

- LÓPEZ ALBERT, S. (2006): *Una nueva visión de la pintura valenciana: los elementos botánicos y el paisaje*, Tesis doctoral, Universitat de València, 656 pp.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2005): El paisaje como encuentro y expresión de la identidad. Literatura, excursionismo y protección, ORTEGA CANTERO, N. (ed.) *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*, Madrid, Fundación Duques de Soria-Universidad Autónoma de Madrid.
- MÜNZER, J. [2002]: *Viaje por España y Portugal: (1494-1495)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 328 pp.
- NOGUÉ, J. (2006): La necessària revisió dels paisatges de referència, *Nexus*, 36: 36-50.
- OLMEDO, M.F. (1973): *Peris Brell: un pintor olvidado del impresionismo español*, Tesis doctoral, Universidad de Valencia.
- PASCUAL AGUILAR, J.A. (2004): Dinámica reciente de usos del suelo en el continuo metropolitano de Valencia, *Cuadernos de Geografía*, 76: 183-202.
- PÉREZ ROJAS, F.J. (1999): *Tipos y paisajes 1890-1930*, Valencia, Museo de Bellas Artes, 530 pp.
- ROSSELLÓ I VERGER, V.M. (1990): La “*laus valentiae*” a la literatura i la cartografia, *Miscel·lània Joan Fuster. Estudis de llengua i literatura a cura d’Antoni Ferrando i d’Albert G. Hauf*, València, Universitat de València-Associació Internacional de Llengua i Literatura Catalanes-Publicacions de l’Abadia de Montserrat, vol. 2, pp. 5-20.
- SANCHIS IBOR, C. (2004): Les terres de L’Horta de València. Crònica de la recent reducció superficial del regadiu històric, *Afers. Fulls de recerca i pensament*, 47: 111-128.
- VERDÚ, A.; SANCHIS, C.; MARCO, J.B. (1999): Regadío y saneamiento urbano en l’Albufera de València. Anàlisis cartogràfic, *Cuadernos de Geografía*, 65-66: 61-79.